

# LAS BIENAVENTURANZAS, CAMINO PASCUAL<sup>1</sup>

Olivier Quenardel, OCSO<sup>2</sup>

En el marco del centenario de la diócesis de Lille, el Padre Arnaud Chillon, rector de la catedral, me invitó a proporcionar el testimonio de mi “experiencia de buscador de Dios, de orante y de formador en la vida de oración”. Acepté con gusto esta invitación.

Es entonces un testimonio lo que se me ha pedido. No una reflexión sabia, sino una palabra fundada en la experiencia. Me propongo compartir con ustedes simplemente lo que ilumina mi ruta de buscador de Dios desde los primeros tiempos de mi vida monástica. Para avanzar por los caminos del Evangelio, un astro se ha elevado en mi vida. No me tomen por un privilegiado o alguien que haya recibido una revelación particular. Mi privilegio y mi orgullo, es el de pertenecer a la Iglesia y beneficiarme de la Revelación que ella lleva en su corazón, que anuncia y que la hace vivir. El astro del que quisiera hablarles es el gran sol de las Bienaventuranzas, esas palabras de felicidad que Jesús lanzó a la multitud al comienzo de su ministerio en Galilea, que Él realizó en obras y en verdad, y que son para todos nosotros espíritu y vida, por poco que nos dejemos guiar por su luz y tocar por su llama.

Conocemos bien el evangelio de las Bienaventuranzas: *Al ver a la multitud, Jesús subió a la montaña, se sentó, y sus discípulos se acercaron a él. Entonces tomó la palabra y comenzó a enseñarles, diciendo: “Felices...Felices... Felices...”* (Mt 5,1-12).

Muchos de los comentarios de las Bienaventuranzas carecen del hilo que da a esta carta de felicidad su sentido, su dirección. ¡Como si la felicidad cristiana pudiera ganarse por no importa qué puerta de entrada! Es verdad que las Bienaventuranzas son entre sí como hermanos y hermanas. Cercanas unas

---

1 Texto de una conferencia dada en Lille el 12 de mayo 2013. Traducción del texto en francés publicado en *Collectanea Cisterciensia*, Tomo 75 (2013), pp. 235-244, realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía *Gaudium Mariae*, Córdoba, Argentina.

2 Abad de Cîteaux, Francia.

de otras, se aferran todas a la mano de la felicidad. Puede decirse entonces que pobreza, con algunos pocos matices, es sinónimo de pureza, paz sinónimo de mansedumbre, misericordia sinónimo de justicia, etc. Las Bienaventuranzas se parecen entonces a los colores del arco iris. Cada una, cualquiera sea su lugar, es una maravillosa manifestación de la luz y abre la puerta de la felicidad anunciada por Jesús. Esto es verdad, pero no es más que una parte de la verdad.

Aquí yo quisiera insistir sobre la otra parte, y meditar las Bienaventuranzas en el orden en que se presentan. En efecto, ¡no se gana la felicidad evangélica sin que importe el orden! La primera puerta que hay que atravesar se llama “pobreza”. ¡*Felices los pobres de corazón!* Jesús comienza por ahí. Esta pobreza llena de cariño conduce a la “mansedumbre”: *Felices los mansos, porque recibirán la tierra en herencia*. Es la segunda bienaventuranza y ella misma encamina hacia la tercera: *Felices los que lloran, porque serán consolados* y de ese modo sin interrupción. En el arco iris, en efecto, los colores no están al lado indiferentemente los unos de los otros. Cada uno tiene su lugar y su rango. El Creador de las Bienaventuranzas obra en todos los puntos como el Creador de la luz: para que la felicidad cristiana sea un arco iris verdadero, “ordena” en ella los colores. ¡*Ordena en mí el amor!*, dice la esposa del *Cantar de los Cantares* a su amado. Es decir: mi corazón es una selva virgen, ¡esa es mi desdicha! ¡Ayúdame a poner orden en él!

Comprendemos mejor así que la paz evangélica, que llega en el séptimo lugar, esa paz tan querida por los hombres de buena voluntad, no entrega toda su profundidad más que cuando el peregrino de las Bienaventuranzas ha atravesado las seis etapas que la preceden. No es que esté ausente en la primera etapa, sino que no figura allí más que bajo el color de la pobreza. Se acrecienta cuando la pobreza se colorea de mansedumbre. Crece más cuando pobreza y mansedumbre irradian en las lágrimas, y así sin interrupción. Sí, verdaderamente, Jesús no da la paz como la da el mundo (*Jn 14,27*).

Estamos aquí en el centro de la experiencia evangélica, y ya presentimos que la felicidad de la paz no es dada al comienzo sino al término. Es un don que se recibe gratuitamente con la condición de buscarlo activamente. Vamos pues a tomar nuestro bastón de peregrino, o si ustedes prefieren, vamos a tomar nuestros camellos como los magos, esos grandes buscadores de Dios, y guiados por la estrella de las Bienaventuranzas, vamos a avanzar de etapa en etapa, de claridad en claridad, hasta la casa de Dios, ese Dios que es toda nuestra alegría.

Las siete meditaciones que van a seguir tienen un estilo exhortativo, cuando no evocador, y a veces provocador. Redactadas a veces en “tú”, a veces en “yo”, a veces en “él”, buscan poner en movimiento a quien lo desee hacia la danza evangélica de la verdadera felicidad.

## Felices los pobres de corazón, porque de ellos es el Reino de los cielos

En el punto de partida de la felicidad evangélica, está pues la pobreza. ¿Conoces muchas personas que hacen de ella la puerta de la felicidad? En ese caso, desde luego, no es un mal que hay que eliminar sino un bien que hay que cultivar... si no, los religiosos no harían jamás voto de pobreza. Es un bien tan grande que contiene todo el abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios.

Para comprender esta locura y para vivir de ella, acuérdate de lo que Jesús hizo por ti: *nuestro Señor Jesucristo, siendo rico, se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza (2 Co 8,9)*. Por ti, por amor a ti, Dios renunció a sí mismo y se hizo hombre. *Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo (Flp 2,6-7)*. Se puso en las filas de los criminales, donde estás tú.

Al mirar a Jesús, descubre tu valor: vales el precio de Cristo en la cruz.

Oculto en un campo de miseria, estás tú, hombre, mi hermano, estás tú, mujer, mi hermana, que eres el tesoro de Dios. Jesús vendió todo para apoderarse de ti. Eres ese tesoro oculto en un campo, eres esa perla por la que ha perdido la cabeza y el corazón. Él está loco por ti. Tu campo de miseria le pertenece, y ha puesto en él su Reino.

Desde esa hora el Rey de la gloria está en medio de ti. Mendiga lo que está más pegado a tu piel, esa miseria que debes darle a cambio de su alegría. Déjate tocar por su palabra, incluso cuando sea para ti la caricia de una espada:

*Sólo te falta una cosa: ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme (Mc 10,21).*

## Felices los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra

En la primera creación, el hombre deja a su padre y a su madre para unirse a su mujer. Ellos ya no son dos, sino una sola carne. En la nueva creación, la maravilla es más grande: el hombre deja a su padre, a su madre, a sus hermanos y hermanas, sus campos... su mujer y sus hijos... para unirse a Cristo. Ellos ya no son dos, sino un solo espíritu. Aquí, la razón de dejar, y allí, la razón de dejar todo, es el amor. Dejo todo porque amo.

Mira cómo es mansa y dulce<sup>3</sup> la pobreza. La miel que trae consigo en la nueva creación tiene el poder de hacer pasar de la carne al espíritu. Dejo todo porque amo. Dejo todo para intentar adherirme a Aquel que, primero, ha dejado todo por mí. Él me ha tomado porque me ama hasta morir por mí. Y su resurrección me ha abierto las puertas del paraíso.

¡Oh bienaventurada tierra recibida en herencia: Corazón manso y humilde de Jesús, más íntimo a mí mismo que yo mismo, fuente y vida de mi propio corazón!

Por eso a lo largo de todo lo que duren mis días, es allí adonde vuelvo: a ese primer amor, es decir al Suyo, que es para mí desde siempre y para siempre. Para impedirme caer en la tibieza mortal, me llama sin cesar. El pequeño violín conoce bien su sitio. Nada es mejor para él que este lugar reservado en los brazos del divino Virtuoso. Su mano izquierda está bajo su cabeza y su derecha lo estrecha. Jesús no envejece. Enfermo de amor, me comunica su eterna juventud.

Toda la Biblia tiene ese gusto de dulzura inherente al amor divino. Toda la Iglesia está impregnada de él. Todos los sacramentos destilan ese misterioso perfume. Y aquel sobre quien el Espíritu desciende como rocío, encuentra, en el mismo invierno, el primer perfume de la primavera. Jesús resucitado lo envía, como la tórtola, a anunciar la buena nueva hasta los confines de la tierra.

En la cita de amor, el tiempo de los alegres estribillos no termina de alcanzarte en su vaivén:

*Mi amado es para mí, y yo soy para mi amado...*

*El aroma de tus perfumes es exquisito...*

*Llévame contigo: ¡corramos! (Ct 2,16; 1,3-4).*

## **Felices los que lloran, porque ellos serán consolados**

La dulzura de amar y de ser amado se ha volatilizado. Paso obligado de todo amor que perdura. “Porque siempre dura largo tiempo”<sup>4</sup>. Llega un día en que la pradera de hierba fresca tiene apariencia de zarzal. Te crees caído en un nido de avispa. La prueba se abate sobre ti. La cruz que tomaste con entusiasmo para seguir al amado, ha perdido, una a una, las piedras preciosas con las que él la

---

3 En francés *doux, douce* significa dulce, suave, manso, por eso esta asociación resulta más natural en francés que en castellano, aunque también sea válida en castellano (N.d.T.).

4 Es el título de una obra. Père JÉRÔME, *Car toujours dure longtemps...*, Paris, Le Sarmant Faayard, 1986.

había adornado. Se te presenta a ti como lo que ella fue para él cuando, para ganar tu amor, la abrazó libremente. Él mismo no está más allí. Se ha desprendido de ella dejándote solo con el instrumento de su suplicio.

A decir verdad, hay tantas cruces como personas, porque en definitiva cada uno es la cruz del amado. Ese es el mayor descubrimiento que uno puede hacer sobre sí mismo.

Las lágrimas llegan cuando, de golpe, te das cuenta de que no eres más que eso: un vulgar madero que el Cordero ha tomado sobre sus espaldas para llevar a la hoguera.

Lágrimas amargas mientras acusas a los demás –tu familia, tu comunidad, tu mujer o tus hermanos...– que te vuelven la vida imposible. Lágrimas muy dulces cuando, al cruzar Jesús su mirada con la tuya, tu pecado te salta a la vista. Pedro tuvo esa experiencia en las primeras horas del Viernes Santo. Entonces no acusas más a nadie. Confiesas al Dios tres veces santo que, por amor a ti, lleva tu carga y la de toda la humanidad. En el juicio del mundo, solo él es el acusado.

La tercera bienaventuranza es un momento decisivo de la vida espiritual, porque el pequeño juez es herido de muerte. ¡Vanidad de vanidades! Ríe y llora por haber un día pensado, o incluso soñado, que era el más bello, el más grande, el más fuerte. Su corazón de piedra es por fin traspasado.

¡Bienaventuradas lágrimas donde aceptas no ser nada más que madera muerta! Sobre sus espaldas, Jesús la necesita. Si no, ¿cómo podrá hacer volver a la casa de su Padre a la oveja perdida? Pronto, elevado sobre la tierra, atraerá todo hacia Sí. El instrumento de su suplicio ha llegado a ser el de su alegría, y de su gloria. Como recompensa, te da su Corazón de carne, abierto para siempre.

¿Qué más quieres para ser consolado?

## **Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados**

El beneficio de las lágrimas es excitar el deseo, hacerlo crecer hasta tornarlo infinito, es decir tan grande como Dios mismo. Nos impiden ser saciados.

*Como busca la cierva corrientes de agua,  
así mi alma te busca a ti, Dios mío (Sal 41,2).*

La ausencia de deseo vuelve triste toda la vida. La publicidad lo sabe bien, ella explota abundantemente la parte de aidez que nos habita. El hombre de las Bienaventuranzas lo sabe mejor aún. Cuando la picadura del Espíritu le

ha hecho medir la vanidad de todo lo que vive y respira, se enamora de lo Único necesario capaz de saciarlo, reclamando de Él todo lo que puede obtener.

*¡Ay de ustedes, los que ahora están satisfechos, porque tendrán hambre!  
(Lc 6,25)*

¡Ay de los que se contentan con un pequeño dios a su medida! El mío es Aquel que me ha deseado con un gran deseo. Al darme el bocado de pan que lo contiene todo entero, Él ha entrado en la cámara nupcial de mi humanidad. ¡Oh fuego devorador, tú no me dejas tranquilo hasta que tu longitud, tu anchura, tu altura y tu profundidad no me han abrazado totalmente. Así se cumple toda justicia.

A las multitudes hambrientas, gritas:

*Trabajen, no por el alimento perecedero, sino por el que permanece hasta la Vida eterna (Jn 6,27).*

*¡Coman, amigos míos, beban gratuitamente, y embriéguese de amor!  
¡Vengan a mí, los que me desean, y sáciense de mis productos! (Ct 5,1;  
Si 24,19).*

Y adviertan bien esto: a propósito de los comensales del pan multiplicado, el Evangelio precisa: *ellos tuvieron tanto como quisieron (Jn 6,11)*. Esto quiere decir que Dios se dona en proporción a nuestro deseo. Los que creen honrar a Dios pidiéndole poco, son indignos de su festín. Los mejores colocados son los que le piden todo, absolutamente todo, e inclusive lo que sobra. Es justo, pues Él, el primero, es insaciable y pide todo: todo tu corazón, toda tu inteligencia, todas tus fuerzas, todo... y hasta el último centavo.

Sí, verdaderamente, es así como se cumple toda justicia.

## **Felices los misericordiosos porque ellos obtendrán misericordia**

Solamente aquel a quien la justicia de Dios ha saciado, se convierte en un hombre de misericordia. Emprende el camino que lleva del Jueves Santo al Viernes Santo. Saciado del Pan de Vida, encuentra en este alimento fuerza y

alegría para subir hasta el lugar donde el Justo extiende los brazos en la cruz “para destruir la muerte y manifestar la resurrección”<sup>5</sup>.

De la justicia a la misericordia, no hay más que un paso: el que va de la santa Cena a la santa Cruz.

Ayer, has escuchado estas palabras. “*Tomen y coman, este es mi cuerpo entregado por ustedes*”<sup>6</sup>. Hoy escuchas estas: “*Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen*” (Lc 23,34).

Si has abierto tus manos, ayer, para recibir el Cuerpo del Justo entregado por ti, abre hoy los brazos para ser el signo de su misericordia que se extiende de edad en edad y hasta el fin del mundo.

Si has abierto la boca, ayer, para gustar el Pan de los Ángeles, abre hoy tu corazón para derramar sobre la tierra de los hombres el agua y la sangre que manan del Corazón de Dios.

Piensa en lo que es más admirable para Dios: ¿ser glorificado en sus santos o serlo en sus pecadores? Dado que todos los hombres han pecado y están privados de la gloria de Dios, ¿cómo será glorificado en sus santos, si no consiente en serlo también... y en primer lugar... en sus pecadores? “¡Misterio del Calvario, escándalo de la Cruz!”<sup>7</sup>. Él, el solo Santo se hizo *pecado* (2 Co 5,21) para que todos los pecadores consientan en llegar a ser en santos.

Cuando abrazas la Cruz del Señor, lo que es más admirable para Dios llega a serlo también para ti: ya no le ofreces sólo el perfume de tu miseria y de tu contrición (3º bienaventuranza), ya no elevas hacia Él sólo el incienso de tu oración y de tu devoción (4º bienaventuranza), sino que constituyes el más precioso unguento adhiriéndote a su infinita compasión. Tomas sobre tu propia montura toda la miseria del mundo. A tu mismo enemigo lo tratas como a un amigo. Tu vasija no se agota más, estás lleno de la misericordia de Jesús.

Pero no olvides de dónde vienes: jamás, excepto Él, se ha visto surgir un buen samaritano que no haya sido primero y que no siga siendo todavía más que un pobre publicano.

5 *Misal romano cotidiano*, Prefacio común VI.

6 *Misal romano cotidiano*, Oración eucarística.

7 Himno litúrgico de Didier RIMAUD y Claude ROZIER para el tiempo de la Pasión.

## Felices los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios

Penúltima etapa de la ruta evangélica de la felicidad: la pureza de corazón. Cara al monje y a quien quiera ver a Dios, ella se recibe de la misericordia y engendra la paz. Llena el intervalo que va del Viernes Santo al Día de Pascua. Es, por encima de todo, la bienaventuranza del Sábado Santo, y la que hace de todo sábado un Sábado Santo, una vigilia de Pascua.

¿Quién mejor que María, la Santísima, la Purísima, puede acompañarnos en este intervalo? Es el momento por excelencia en que ella retoma todos los acontecimientos de su vida, inseparablemente unida a la de Jesús, para meditarlos en su corazón. Inmaculada desde su concepción, le faltaba todavía recibir el golpe de espada anunciado por Simeón para que la gracia que la habita dé nacimiento a la multitud por la cual Jesús murió. María no retuvo para ella el fruto bendito de sus entrañas. Y Él tampoco la retuvo para Él.

Toda la educación que recibimos de la Madre de Jesús nos lleva a la virginidad de corazón que no retiene nada para sí. María nos hace avanzar, correr, cantar al sol de su absoluta simplicidad que pacientemente, penetra todos los pliegues del amor propio y expulsa todas las sombras de la duplicidad. Dios no se deja ver más que a ese precio.

Pureza es aquí sinónimo de castidad. Radical olvido de sí, donde la mano izquierda ignora lo que hace la derecha. La Rosa mística no se detiene en su propia belleza. Una a una, las letanías deshojan los pétalos de su castidad sin igual: “*Mater castissima, Mater purissima, Mater inviolata, Mater intemerata, Santa virgo virginum...*”. Para ir de las tinieblas del Viernes Santo a las luces de la noche pascual, la Virgen inmaculada nos cubre con su manto... blanco, más que la nieve.

Su silencio no se quiebra, su confianza no vacila. La misericordia de su corazón traspasado acoge a toda la humanidad. Por todos nosotros, ella espera contra toda esperanza. Nueva Eva, nos conduce a todos a las puertas de la Paz.

## Felices los artesanos de la paz, porque serán llamados hijos de Dios

En la vigilia de su pasión, Jesús dijo a sus discípulos: “*Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo*” (Jn 14,27). La paz evangélica tiene un costo distinto que el de la paz del mundo. Las siete etapas del camino de las Bienaventuranzas lo ponen en evidencia:



Primera etapa: Porque el Príncipe de la paz se hizo pobre para enriquecernos por su pobreza, comprendo su llamado a dejar todo para seguirlo. Él está adelante. Imposible mirar hacia atrás.

Segunda etapa: Porque el Príncipe de la paz es manso y humilde de corazón, saboreo con Él la dulzura de amar y de ser amado. Esa es la primavera de los esposales.

Tercera etapa: Porque el Príncipe de la paz aprendió a obedecer en el sufrimiento, yo descubro la fragilidad de mi amor y lloro mi pecado. No hay crecimiento humano y espiritual que no atravesase la tormenta.

Cuarta etapa: Porque el Príncipe de la paz deseó con ansia comer la Pascua con sus discípulos, tengo hambre del Pan de la Vida, tengo sed de la Copa de la salvación. Así se cumple toda justicia.

Quinta etapa: Porque el Príncipe de la paz muere con los brazos abiertos y el corazón traspasado, perdono setenta veces siete. Su misericordia se extiende de edad en edad.

Sexta etapa: Porque el Príncipe de la paz nos entregó su Madre y a nosotros a ella, para que fuera nuestra Madre, recibo los aromas de su pureza virginal. Mañana, veré a Dios cara a cara.

Séptima etapa: Porque las primeras palabras del Príncipe de la paz, en el día de su resurrección son: *La paz esté con ustedes (Jn 20,19)*, me sumerjo en esta agua bautismal. ¡Jesús es Señor, para gloria de Dios Padre!

Charada de la alegría cristiana: mi primera palabra se llama *pobreza*, mi segunda *mansedumbre*, la tercera *lágrimas*, la cuarta *justicia*, la quinta *misericordia*, la sexta *pureza*, la séptima *paz*. Mi todo es Jesucristo, el Príncipe de la Paz.

## Conclusión

Al principio de su ministerio público, Jesús presentó a sus oyentes la carta de la felicidad cristiana. Más que un itinerario de sabiduría humana, las *Bienaventuranzas* son el itinerario de Dios que se revela a nosotros en su Hijo Jesucristo. Son el camino trazado para la humanidad entera por Aquel a quien los bautizados confiesan como el único Camino hacia el Padre. Más que una panoplia de normas moralizantes, hay que ver en ellas los rasgos del Amor mismo, sus colores, sus perfumes, su leche y su miel. Ícono de Cristo y de la Iglesia, resuenan hoy aún como una invitación a la alegría perfecta. Los santos no se equivocan. Es

el camino que toman para correr con el corazón dilatado hacia la Tierra nueva y los Cielos nuevos.

¡Algunos dirán que ese camino es un sueño, otros que es una droga! ¿Acaso se arriesgaron alguna vez a emprenderlo? ¿Alguna vez experimentaron el cambio de aire que se produce cuando hombres y mujeres, en lugar de acumular bienes percederos, se comprometen en el camino del compartir y del don; en lugar de levantar los muros del odio, inventan la libre circulación de la paz y del perdón; en lugar de tener en muy poco el respeto a las personas, buscan juntos promover la justicia y la compasión? A ese bienaventurado cambio de aire nos provocan las Bienaventuranzas. Palabras exigentes y proféticas, llevan a quienes las escuchan y las ponen en práctica hasta la cima donde Jesús, en su Pascua, eleva al hombre por encima de todas sus aspiraciones.

He intentado mostrar que no hay marcha posible por el camino de las Bienaventuranzas más que atravesando sucesivamente las diversas etapas de su enunciado. Hay orden en la alegría cristiana, como hay orden en los colores del arco iris. En este orden, cada bienaventuranza ocupa un lugar irremplazable. Esto quiere decir que el acceso a la paz supone el paso por la misericordia, que éste no se hace sin lágrimas... y que sin duda no es por casualidad si la entrada en esta ronda bienaventurada depende de un tomar partido con amor por la pobreza evangélica. ¿Es entonces tan utópico considerar ese camino como el del porvenir del mundo? Camino pascual donde Cristo nos lleva con él de altura en altura para presentarnos delante de Dios en Sión<sup>8</sup>.

¡Somos felices, hermanos y hermanas, por estar invitados a hacer la ascensión a la montaña santa donde Pascua culmina en Pentecostés, cuando las Bienaventuranzas de Jesucristo nos abracen con los dones del Espíritu Santo, para la mayor gloria de Dios y la nueva evangelización del mundo!

*Abbaye de Cîteaux  
F-21700 Saint Nicolas-lès-Cîteaux  
Francia*